

Salvos de la influencia del pecado

Introducción

1. Por el Espíritu, la persona convertida se mantiene ligada al Salvador, como los pámpanos están ligados a la vid.

a) El Espíritu ayuda en el desarrollo de nuevos hábitos. La lectura de la Biblia se torna placentera.

b) La certeza del perdón y de la protección trae esperanza. Los momentos dedicados a la práctica de la oración particular y la comunión con el Señor pasan a ser constantes.

c) “La verdadera santificación es una completa conformidad con la voluntad de Dios” (*La edificación del carácter*, p. 7).

I. La cosecha para el cielo

1. En el proceso de la salvación, el “vete y no peques más” (Juan 8:11) corresponde a lo que llamamos “santificación”.

2. La santificación es una obra de toda la vida. El creyente demuestra los frutos de una vida nueva en que el pasado es olvidado y todo es hecho nuevo (ver Col. 3:1-3; 2 Cor. 5:17).

3. Dios nos hace herederos del Hogar celestial cuando aceptamos a Cristo como Salvador. Él, al decir: “Hoy ha venido la salvación a esta casa” y “estarás conmigo en el paraíso”, perdona al pecador que se arrepiente y confiesa sus pecados. Eso es justificación.

4. En la santificación, aceptamos a Cristo como nuestro Señor. Él dirige nuestra vida y pasa a conducir nuestros pensamientos, emociones y acciones. Como Señor, santifica nuestro diario vivir (leer 1 Ped. 1:15; 3:15).

5. El Señor dice: “Vete y no peques más” (Juan 8:10, 11). El apóstol Pablo afirma: “y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno” (Col. 3:10).

6. Obedecerá no para ser salvo, sino porque ha sido salvo (Juan 14:15).

7. En la santificación, disfrutamos del compañerismo con Cristo. Existe una relación de íntima comunión, descrita en Efesios 3:17.

8. En esa fase del proceso de la salvación, nos convertimos en luz en este mundo de tinieblas, resplandeciendo con nuestra vida santa en medio de una generación pecadora, corrupta y perversa.

9. Ahora que hemos aceptado al Señor y él habita en nuestro corazón, recibimos diariamente la justicia y el carácter de Cristo.

II. Justificación X santificación

1. La experiencia con Cristo es progresiva. Aquel que fue justificado es comparado con “la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto” (Prov. 4:18).

2. “La verdadera santificación es una obra diaria, que continúa por toda la vida” (*ibíd.*, p. 8).

3. Aquí surge un serio problema:

a) La mayoría de los cristianos acepta con alegría a Cristo como Salvador. Dicen así: “Jesús, muchas gracias por lo que has hecho por mí. Estoy feliz porque te acepté

como mi Salvador. Siento que fui perdonado. Tengo paz en la mente y en el corazón”.

b) Estos mismos cristianos se niegan a aceptar a Cristo como su Señor. Se resisten a la idea de permitir que Jesús sea el Señor de sus vidas y que, como tal, pase a dirigir sus pensamientos, palabras, emociones, sentimientos, negocios y recreaciones; es decir, la vida.

c) Algunos dicen: “Jesús, por favor, ¡no controles mi vida, diciéndome siempre lo que tengo que hacer!”

4. La santificación es una enseñanza de la Palabra de Dios (ver Heb. 12:14). Somos orientados y se nos aconseja buscarla. Sin la santificación, no veremos al Señor.

5. La Biblia enfatiza la santificación en todo (1 Tes. 5:23).

a) “La santificación que presentan las Sagradas Escrituras tiene que ver con el ser entero: el espíritu, el alma y el cuerpo” (*ibíd.*, p. 5).

6. Para vivir una vida victoriosa, la comunión con Cristo es fundamental.

7. En el corazón renovado, el deseo de pecar no prevalecerá. El pecado no tendrá dominio sobre nosotros. El Cristo que nos salva también nos santifica.

Conclusión

1. Hace mucho tiempo, en una subasta de esclavos en los márgenes del Mississippi, Abraham Lincoln vio las lágrimas de angustia y de dolor de los esclavos, causadas por la separación. Dijo: “Si un día llego a tener la oportunidad de asestar un golpe contra eso, ¡lo haré con todo vigor!” Lo hizo cuando firmó la ley que proclamó la abolición de la esclavitud en los Estados Unidos.

2. Se cuenta que, antes de la liberación, el viejo esclavo Joe estaba siendo vendido en una plaza pública. Comenzó a decir por lo bajo: “¡No trabajaré!” Los compradores, al escuchar lo que decía Joe, perdieron interés en él. Sin embargo, un hombre pagó el precio pedido y lo llevó en su carro. Fueron en dirección a su hacienda. Llegaron a un pequeño lago, donde había una pequeña cabaña con cortinas, flores y una calzada de piedras. El comprador de Joe dijo: “Esta es tu nueva casa”. El esclavo casi no podía creer lo que veía y oía. Preguntó, entonces: “Pero ¿no trabajaré?” El hacendado le dijo: “No trabajarás más, no eres más esclavo, te compré para darte la libertad”. Al escuchar que era un hombre libre, el esclavo se arrodilló a los pies de su señor, y le dijo: “¡Te serviré para siempre!”

3. Amigos, eso fue exactamente lo que Jesús hizo con nosotros. Nos compró con su sangre para liberarnos del pecado. ¿Qué respuesta daremos a quien nos amó tanto? ¿Qué espera Jesús de cada uno de nosotros? Él desea que lo aceptemos como Salvador y como Señor. Desea que obedezcamos su Palabra y, con su ayuda, vivamos una vida victoriosa, una vida santa. <